

La democracia en el Norte de África: Nuevos interrogantes a una vieja cuestión

Por **Magdalena Carrancio**

Los Estados árabes de la región nordafricana se han caracterizado, desde sus inicios en la vida independiente, por el escaso o nulo pluralismo político de sus regímenes. Y, mientras los gobiernos de Europa Occidental y de Estados Unidos desviaban su mirada o mostraban poca disposición a condenas que vayan más allá de una simple retórica, la región continuaba dilatando la implementación de medidas de apertura.

El nuevo panorama internacional que surge tras los atentados del 11-S, parecería alterar esta percepción y, la necesidad de efectuar reformas democráticas es percibida como un nuevo imperativo. Sin embargo, este camino no está libre de interrogantes. En efecto, la ausencia de prácticas democráticas viene alimentada por diferentes factores como: la estructura tribal y familiar de la sociedad¹, el imperio de la religión islámica y, hasta el surgimiento de un clase dirigente, que asume el poder tras el fin del colonialismo, respaldada por un aparato de seguridad muy rígido.

Es esta elite nacionalista la que llevará adelante el proyecto de consolidar un Estado “moderno”, pero “fuerte”. Para la construcción Estado-nación “moderno”, el nacionalismo debió llevar a la práctica los principios de separación del poder político y religioso². Así intentó impulsar una progresiva occidentalización y secularización de la sociedad, que no pudo concretarse totalmente. Es decir, el Estado hizo del islam la religión oficial, pero ésta quedó circunscripta al ámbito social y cultural. La relación entre lo político y lo religioso se caracterizó entonces, por la monopolización estatal de la función de interpretación de los preceptos religiosos, y de los medios de expresión y de difusión de la religión musulmana.

Bajo el paradigma del Estado “fuerte” se abolió toda forma de participación social que no estuviera bajo su control y dominación. Consecuentemente, la sociedad civil no alcanzó un nivel de organización interna capaz de desafiar el poder del Estado y, con la única excepción de Marruecos, no se desarrollaron partidos de oposición o cuando los hubo, fueron reprimidos. Así, el “partido único” fue el sistema de gobierno mas generalizado en la región.

Toda posibilidad de cambio quedó vedada por una clase dirigente más preocupada por mantener su poder y privilegios, que por la participación y expresión política de la sociedad. Sin embargo, la ausencia de prácticas democráticas contó, en cierta medida, con la anuencia de las potencias de Europa Occidental y de Estados Unidos. Por entonces, se privilegió la

¹ Si bien más escasamente en las zonas urbanas, aún están presentes en áreas rurales o en el desierto. Los jefes (mukhtares) de cada tribu integran el consejo de tribu que defiende los intereses de todos sus componentes. Las tribus aceptan el dominio de un jefe supremo nacional, con un gobierno que puede adoptar diferentes formas políticas.

² Principio occidental ajeno al islámico de ciudad ideal o Califato, donde el poder político y religioso recae en la misma persona.

estabilidad política que daba el apoyo al *status quo* de estos países, frente al caos que podría sobrevenir de la democratización.

Esta situación se mantuvo a lo largo de los setenta y ochenta cuando la implementación de planes de desarrollo -basados en la industrialización sustitutiva de importaciones y en la reforma agraria- comenzaron a poner en marcha el despegue autónomo de los Estados de la región, dando inicio a un ciclo económico caracterizado por una etapa expansiva.

Bajo el modelo desarrollista, las economías de la región –altamente vulnerables a la acumulación de capital procedente del sector externo- acentuaron su dependencia de las exportaciones de productos primarios, principalmente a los países de Europa. Consecuentemente, a mediados de los ochenta y ante condiciones menos favorables del sistema internacional, el modelo evidenció síntomas de agotamiento y la crisis sobrevino: el desarrollo industrial no alcanzó el nivel esperado y las reformas agrarias emprendidas fracasaron.

La frustración económica contribuyó también a precipitar la crisis política que ya se avizoraba desde 1967 cuando, la terrible derrota árabe en la guerra de los Seis Días, puso en evidencia la debilidad del nacionalismo árabe. En términos generales, comenzó a cuestionarse la sumisión a Occidente y por sobre todo, la adecuación y viabilidad de los modelos que, inspirados en el sistema occidental, se habían implementado tras la independencia.

El mundo árabe experimentó entonces una vuelta a sus raíces islámicas. El islam resurgió como una ideología alternativa a lo que se interpretaba como el fracaso de las formas laicas de nacionalismo. Más tarde, la revolución iraní de los 80, actuó como catalizador natural de numerosos movimientos islamistas que se presentaron como la nueva fuerza política de la región.

Estos movimientos encarnaron la decepción social generalizada con relación a Occidente. Levantaban la bandera del islam frente al modelo occidental de desarrollo y la amenaza de penetración cultural a la identidad, valores e instituciones musulmanas. La modernización, con su énfasis en la occidentalización y secularización de la sociedad, fue condenada como forma de neocolonialismo.

Su discurso implicó todo un reto a la legitimidad y eficacia de los gobiernos de la región, los que comenzaron a acentuar la referencia a valores religiosos. Es decir, se produjo una nueva transformación en la forma de concebir el lugar de la religión en la construcción de Estado, y tanto jefes de gobierno como grupos de oposición apelaron, cada vez más, a sus preceptos para legitimarse, potenciar su autoridad y granjearse el apoyo popular.

En los noventa, las medidas de ajuste y apertura aplicadas en el orden económico con el fin de sanear la crisis del modelo desarrollista, fueron acompañadas en algunos países nordafricanos por una incipiente liberalización política³. Y, si bien no en todos los casos se introdujeron

³ En 1989, el gobierno de **Argelia**, sanciona una nueva Constitución Nacional que introducía el pluralismo político y la alternancia en el poder. En 1996, el Rey Hasan II de **Marruecos** emprendió reformas que modificaron la Constitución vigente y la legislación electoral. En 1998 nombró primer Ministro a Yussufi, líder de la izquierda, creó la Cámara de Consejeros (Senado) y permitió que algunos ministerios fueran encabezados por representantes de los partidos de oposición. En **Egipto**, ese mismo

reformas democráticas de mucha relevancia, éstas fueron suficientes para demostrar que el islamismo ya tenía una presencia destacada en el escenario político de la región. Para entonces, los islamistas, no solo participaban en numerosas asociaciones civiles de ayuda sanitaria o educativa, también se habían organizado en partidos políticos. Más aún, se convirtieron en la principal fuerza de oposición en Túnez y Egipto y, lo que resultó verdaderamente paradigmático, pudieron postularse a las elecciones de Argelia de 1990 y 1991.

En efecto, las reformas introducidas en 1989, tras la reforma de la Constitución Nacional, permitieron, por primera vez en la historia política de estos países, que un partido islamista –el Frente Islámico de Salvación (FIS)- fuera legalizado y participara del proceso electoral. Su triunfo arrollador en las elecciones municipales de junio de 1990 y parlamentarias de diciembre de 1991, consagró al primer partido islámico que llegaba al poder por medios democráticos. El inmediato Golpe de Estado de enero de 1992 dejó trunco este proceso. Recién a mediados de 1996, el presidente Zerual intentó normalizar el funcionamiento de las instituciones e implantar una democracia pluralista: anunció la apertura democrática (referendum/96) y prometió la convocatoria a elecciones legislativas para el primer semestre de 1997, a las que invitó a todos los partidos políticos de la oposición, excepto al FIS.

Consecuentemente, mientras el nuevo escenario que propició el fin de la guerra fría, alzaba voces a favor del imperio de los valores democráticos en muchas partes del mundo, los Estados árabo-islámicos inspiraban mayor cautela. En estos casos, se utilizó el pretexto del miedo a la difusión del fundamentalismo para disuadir del fomento y promoción de la democracia.

En síntesis, la estructura inicial de “partido único” prácticamente no fue modificada o, donde lo fue, las consecuencias no fueron del todo favorables a la democracia. De hecho, muchos partidos islamistas –los más radicales- fueron proscritos, quedando denegada sus posibilidades de participación legal y poniendo en práctica un “modo “selectivo” de entender la democracia.

Los atentados del 11-S acentuaron el temor a los movimientos islamistas radicales, y el objetivo del presidente Bush de promover la democracia en todo el mundo convirtió a los gobiernos árabo-islámicos en un blanco inmediato. Si bien cabe el derecho a dudar sobre los motivos reales que impulsaron la invasión de Irak por Estados Unidos, es evidente la presión que ésta ha ejercido sobre los gobiernos de la región para cuestionarse la necesidad de una apertura. Las elecciones de Egipto del 7 de setiembre de 2005 podrían dar prueba de ello.

Las señales de mayor una liberalización política se hicieron ver a comienzos del presente año, cuando el presidente egipcio Mubarak anunció que permitiría

año, se percibió el comienzo de un leve movimiento de desprendimiento del rígido autoritarismo impuesto por el presidente Hosni Mubarak, desde su asunción en 1981. En **Túnez** la apertura política fue solo retórica y se continuó con un régimen de Partido Hegemónico. **Libia**, que luego del Golpe de Estado liderado por el Coronel Khaddafy en 1969, se transforma a partir de 1977 en una Jamahiriya (o "Estado de las masas") Árabe Popular y Socialista, producto de la particular visión del mundo de su líder, las posibilidades de apertura están mucho más lejanas.

la concurrencia de varios candidatos a las próximas elecciones presidenciales. Lo novedoso fue la innovación del sistema de plebiscito que ratificaba cada nuevo período de su mandato, dando paso a una contienda con varios rivales, pero bajo la convicción de que el actual Jefe de Estado sería el vencedor. Y los números así lo demostraron. Consecuentemente, esta reforma –pese a la importancia- no está libre de ciertas paradojas que ponen en duda las limitadas intenciones de cambio: Los diez candidatos que se presentaron eran en su mayoría desconocidos y la principal fuerza de oposición –la Hermandad Musulmana- está proscrita, la participación del electorado fue muy baja, y el gobierno rechazó tanto la presencia de observadores internacionales –exigida por Washington- como de observadores locales

La ausencia de democratización real en estos estados es explicada con el argumento de que su proceso de formación está “inacabado” ya que “sólo cuarenta años no da tiempo a formarse un Estado”⁴, fundamentalmente, si se compara con la experiencia europea.

Mientras tanto, la democracia, que fuera “postergada” en los primeros años de la independencia, “restringida”, mas tarde ante la presencia del islamismo en la escena política local, hoy sufre un nuevo embate: el que surge de pensarla como un instrumento manipulador en manos de las potencias occidentales para intervenir en los asuntos internos árabo musulmanes, dividirlos y vencerlos.

¿Cómo salir de esta encrucijada?

Esta respuesta la deberían dar tanto los intelectuales árabes –mediante la búsqueda de una redefinición de la democracia liberal en términos más islámicos que occidentales-, pero también, las clases dirigentes árabes cuando se atrevan a aceptar que es preferible perder algo, para no perderlo todo... Es simplemente necesaria una democracia sin riesgos.

⁴ Ponencia bajo el título "*Le changement de paradigme au Magheb. Quelques interrogations sur les origines et les perspectives*", presentada en el Seminario *La realidad social y política del Magreb contemporáneo: una reflexión desde las dos orillas*, organizado por el Instituto de Estudios Sociales Avanzados-Andalucía en Córdoba, 22-24 de marzo de 1994, citado por GONZALEZ FERRIN, Emilio, *Op. Cit.*, p. 289.

Al respecto, González Ferrin sostiene que la marca de "acabado" universalmente aceptada es la democratización real del sistema de poder heredado de Europa, la progresiva hegemonía del modelo de la modernidad política occidental -a modo de comparación de períodos de tiempo, sin querer decir que es el occidental el modelo a alcanzar-; la superación del llamado centralismo jacobino: cambio de poder entre elites liberadoras y coloniales. *Ibidem*.